

EL CENTENARIO DE UN POETA

BAUDELAIRE, O LA PARADOJA

ESTAMOS relejendo a Baudelaire. De repente, una nota editorial nos advierte la fecha de su nacimiento: 9 de abril de 1821. Nadie, hasta ahora, se ocupó del centenario próximo. Ni diarios, ni revistas. Nadie. Francia, tan previsora en honrar a sus grandes hombres, no se apresura en este caso. ¿Está olvidado Baudelaire?



Baudelaire, por Manet

El temerario pensamiento se formula, implacable, en toda revisión. Siempre que un escritor relee a otro pretende establecer cierto compadrazgo. Es el triste y banal prurito que Marcial confiaba a Líciano.

Como en Poe, su hermano mayor, en Baudelaire hay un mortal caso de desviación intelectual. Baudelaire es un espejismo literario. Una edición, con notas, del viejo «Heautontimorumenos», atormentador de sí mismo en la comedia y en la vida.

El público sólo conoce la careta de Baudelaire. Esa careta de Anticristo lírico, impertinente y corruptor, que recorre las sendas del Pecado con la ciencia de un viejo satrapa de Apuleyo, el énfasis de un príncipe italiano y la perversidad de Celestina.

Por debajo de esa careta está el correcto, escrupuloso y fino «dandy», católico como un vendeano, monárquico como un bonapartista, honesto como un buen comerciante. Sus crápulas con Assolínau se reducen a vino y queso. Sus escándalos, a disputas con Máximo de Champ. Sus lascivias, a dar cucharaditas de jarabe a la «Venus Negra». Cuando, al farol del documento, se quita la careta y nos mira, damos un grito de estupor: ¿Será posible? ¿El poeta de *Las flores del mal* no vivió la vida satánica? ¿Y *Los Paraísos artificiales*? ¿Y el hotel Pimodan? ¿Y el haschich? ¿Y el opio?

Oigamos a Teófilo Gautier: «Cuanto a los «paraísos artificiales» (opio, haschich, vino, tabaco, ajeno, etc.), veía en ellos (Baudelaire) una prueba evidente de la perversidad ancestral, salvaje, una impia tentativa de escapar al «dolor necesario»; una pura sugestión diabólica para usurpar, desde el presente, la dicha reservada más tarde como recompensa a la voluntad, a la virtud, al esfuerzo persistente hacia la belleza y el bien.»

¿Veis aparecer al católico en esta interpretación semi-filosófica, semi-teológica, de las tentaciones del Diablo? «Pensaba—añade Gautier—que el diablo decía a los comedores del haschich y a los fumadores de opio lo que antaño a nuestros primeros padres: «Si coméis la fruta prohibida, seréis como dioses.»



Baudelaire, por Verlaque

Es lógica la hipótesis de Gautier de que si alguna vez probó Baudelaire el haschich lo hizo «como experiencia psicológica». Era, fundamentalmente, un espíritu grave, preocupado, serio. Sus mismas paradojas tienen un no sé qué de litúrgico. Toda su vida es una serie de trabajos penitenciales, ocultos bajo la careta grínosa. Cuando la careta sonríe, la faz mortal y humana tiene un supremo «ríctus» de angustia...

Es la Paradoja viviente. Tiene todos los dones para triunfar y fracasa en todo. Correcto, aristocrático, sol-



Carlos Baudelaire

El monumento del poeta en el cementerio de Montparnasse

El monumento del poeta en el cementerio de Montparnasse

El monumento del poeta en el cementerio de Montparnasse

El monumento del poeta en el cementerio de Montparnasse

El monumento del poeta en el cementerio de Montparnasse

rrajero llamado para forzar la cerradura, con la impaciencia amorosa del padrastro y con los remordimientos de su madre. Estas desavenencias originan que el padrastro le envíe a Calcuta! Y ya tenemos al poeta de veinte años a bordo del «Alcídes», en plena huraña soledad, forjando aquellos soliloquios que habrán de ser, ya para siempre, sus inseparables hermanos.

He aquí la dura y solitaria infancia. Las raíces del futuro árbol están regadas con acíbar. Cuando entre sus ramas frondosas asomen flores, esas flores serán «Las flores del mal»...

Todo cuanto suceda después será episódico. El «dandismo», la bohemia, la presunción enfática, están en la careta de Baudelaire; pero no en su rostro carnal. Ese hotel Pimodan, que es su penacho crapuloso, le conoca apenas.

«No acudió mas que algunas veces—dice Gautier—y siempre como simple observador al hotel Pimodan, donde nos reuníamos para tomar «dawamesck», cuyas sesiones hemos descrito ya en la *Revue des Deux Mondes* bajo este título: «El Club de los haschischianos», mezclando en ellas el relato de sus propias alucinaciones. Luego de una docena de experimentos renunciamos por siempre a esta droga estúpida, no porque nos dañase físicamente, sino porque el verdadero escritor no necesita más ensueños que los de su alma.»

¿Qué piensa Baudelaire del «dandismo»? En *Mi corazón al desnudo*, escribe:

«El «dandy» debe aspirar a ser sublime sin interrupción. Debe vivir y dormir ante un espejo. Ser un hombre útil me ha parecido siempre sencillamente repugnante.»

Pero, a renglón seguido, añade:

««Dandismo». ¿Qué es un hombre superior? No es precisamente el especialista. Es el hombre de ocio y de educación. Ser rico y amar el trabajo.»

Por entonces reúne dinero, toma un pequeño hotel, tiene ayuda de cámara y ejerce de poeta elegante. Son sus comienzos periodísticos y mundanos, sus éxitos de crítica en las Exposiciones, sus contactos con la bohemia. La careta cubre la faz. Se inicia el petulante pueril, yendo de frac a comer patatas fritas en las tabernas. Es la época que Champfleury engalana con sus *Recuerdos*.

—¿Qué es *La Baudeleriana*?

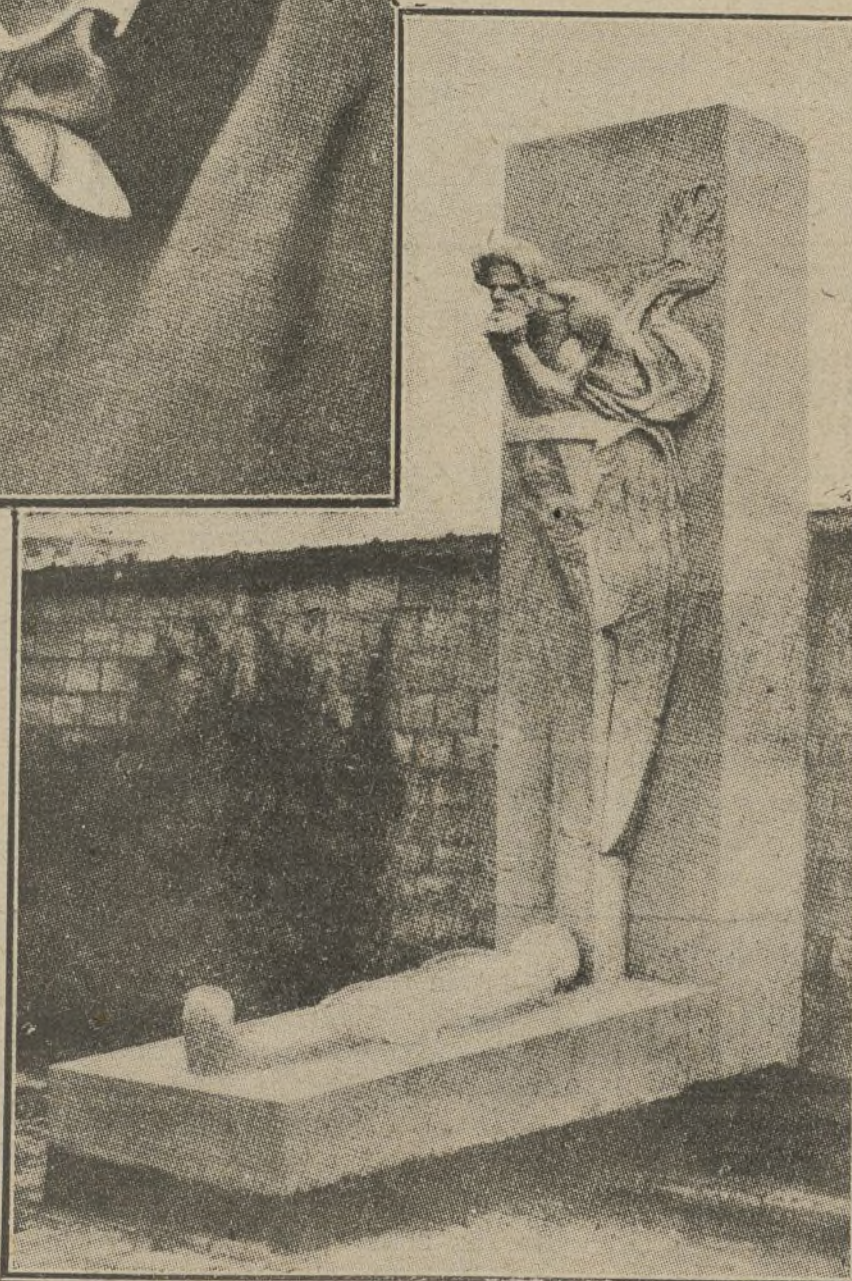
—Es una colección de historietas referentes a Baudelaire.

—Díganos quién es Baudelaire:

—Con mucho gusto. Sencillo y sereno en lo raro, tal es el autor de *Las flores del mal*, el traductor de Ed-



Dibujo de Baudelaire



El monumento del poeta en el cementerio de Montparnasse

gardo Poe. Su pasión por el asombro ajeno desempeña un gran papel en su vida y en su literatura. Quiere asombrar y asombrarse. ¿Conoce usted la historia del frac azul?

—Venga la historia del frac azul.

—Baudelaire manda llamar a un sastre. Quería un frac azul, con botones dorados, como el que tiene Goethe en las pipas de porcelana. Hubo varias sesiones de prueba. Baudelaire siempre corregía. Que las mangas. Que los faldones. Ocho días pasando el jaboncillo sobre el frac azul. Al fin, la prueba decisiva. Se pone Baudelaire el frac, se mira, se pasea, lo encuentra bien del todo, y dice, dirigiéndose al sastre: «Hágame una docena como éste.»

Se acaban los dineros. Baudelaire tiene ya treinta años. Está entrampado hasta los ojos. Le acosan los deudores. Firma pagarés. Se ve amenazado de un proceso.

—«¿Qué fastidio!—nos dice él mismo—. No tengo un cuarto y estoy reñido con mi madre. La debo 10.000 francos, que me prestó cuando era rica, y no es justo

que la atormente ahora que es pobre. ¡Me avergüenza esto!»

¡Qué lejos está ya la anécdota de la llave arrojada al pozo! Hamlet, acorralado de miseria, no evoca la venganza literaria, sino que se avergüenza tan pobremente como un burgués analfabeto.

Estos años de angustia económica, que espolearon a Balzac impulsándole a trabajar dieciocho horas diarias, a ganar millones y a conquistar los salones de París, arrinconan a Baudelaire hacia un trabajo oscuro de traductor, al desaliento y al fracaso. Trabaja sin cesar, día y noche, con la humilde paciencia de un monje ignorado. No tiene libros, ni papel, ni velas. No tiene mas que las obras de Edgard Poe y cuatro diccionarios viejos.

Y trabajando así veinte años, día por día, mal vestido, con frío y hambre, no dedica su esfuerzo a sí, a su obra, a su creación, a su posteridad, sino a la creación de Edgard Poe, a la posteridad de Edgard Poe. ¿Qué pavoroso aliento bíblico sopla en estos cabellos grises, en esta cara envejecida, en este cuerpo herido por la parálisis?

Ya no hay careta, sino faz exangüe y hundida, carne mortalmente angustiosa. Ya el viento lúgubre de los salmos barrió las hojas secas del «dandismo», de «La Baudeleriana», de la gloriola. Desvanecido el «hombre anecdótico», renace el niño esquivo, melancólico y taciturno. Como la marea cubre al naufrago, cubre al enfermo la parálisis progresiva. Lengua torpe, andar lento, pérdida de memoria, llanto de niño. Por fin, un día, en la catedral de Namur cae, como de un hachazo, sobre las losas...

Y muerto ya, por los años de los años, la Paradoja, como una amante infiel, le traiciona en citas equívocas con críticos y biógrafos. De ese adulterio póstumo sale infamado, escarnecido, con la careta de Anticristo. Retario, de cínico bohemio, de hombre anecdótico, ocioso e inmoral.

Los espíritus claros deben aprovechar el centenario y reparar esta afrenta al genio. En la vida de Baudelaire no hay sol. Toda ella es una noche que no amanece. La Paradoja, sin embargo, pretende iluminar esta noche sin aurora, nimbando la angustiada frente con diabólicos centelleos...

Cristóbal de CASTRO

PLUTARQUILLO DE AMOR

LUISA DE LA VALLIÈRE

Es una breve historia para ser puesta en una balada que habría sabido componer Benserade si hubiera sido más poeta y menos diablo.

Luisa de la Vallière, linda muchacha de provincias, nacida en la Turena, tenía bellos y rasgados ojos, húmedos de pudor y de voluptuosidad, sombreados por largas pestañas, y azules, porque el cielo es azul. Su cuerpo fino rebosaba elegancia, digno de triunfar en Versalles y digno de que por él triunfara Versalles. Timidamente habremos de decir que cojeaba; pero cojeaba con gracia, mereciendo aquel verso del poeta antiguo:

No cojeas, sino que al lado del amor te inclinas...

Aquel defecto, que en ella era una perfección más, o una imperfección que llegó a hacerse envidiable, no le impedía ser ágil en la danza, y además fué imitado, cosa que ocurrió siempre con todas las cojeras de los grandes cojos.

La joven de provincias admiraba Versalles. Soñaba con las magnificencias de la corte y los faustos de aquel Rey-Sol, galán, suntuoso y presuntuoso. ¡Ah, el brillo de la corte de Saint-Germain, las ceremonias palatinas, las máscaras galantes en Fontainebleau, los diálogos entre los rosales, el epigrama al oído y el madrigal a los ojos, las cabalgatas, los bailes pantomímicos... y, sobre todo, aquel monarca, enamoradizo lo mismo que Júpiter!...

La Vallière lanzóse bravamente a la corte y entró la camarista de la princesa Enriqueta. Una sed ávida la movía, una sed de amor, que la llevaba a estar cerca del rey.

Pronto su distinción suave, su belleza delicada, tuvieron denodados admiradores, y fué el conde de Guiche el más porfiado, el más entusiasta; pero ella estaba enamorada del rey; en el rey había puesto osadamente sus sueños; mas no en el rey, sino en la persona de Luis, en el hombre; su sed no era sed de grandeza, era sed de amar, de amar por amar. Sed del corazón. Luisa de la Vallière y Luis XIV se hablaron pronto con los ojos y la favorita del rey comenzó a ser derrotada por una muchachita de provincias.

Estos sentires tácitos, aún no llevados del alma a los labios, motivaron conspiraciones enconadas, revoluciones de salón, catástrofes que no hacían más ruido que el rumor de un abanico; mas el

monarca no se separaba de Luisa, y un día que les sorprendió solos una tempestad en el parque de Vincennes, él besó la mano a la camarista y le dijo:

—Sabed que os amo.

—¡Silencio!—contestó Luisa, ruborosa—. Mirad que pudiera yo oiros y entenderos...

Luis XIV, sombrero en mano, suplicaba humilde. El siglo del Rey-Sol fué el siglo de la cortesía.

Luego la tomó por la cintura, para defenderla de la borrasca, y añadió:

—Contad las gotas de lluvia que lleváis encima y os daré tantas perlas.

Luisa huyó entonces como una sedienta pudiera huir de una fuente.

Después de este lance, buscaba el soberano otra tempestad, y sentía mucho no poder decretarla.

Para burlar la vigilancia de la reina y de la no menos celosa princesa Enriqueta, el pobre Luis debía andar de noche por los tejados de Palacio, rondando el camarín de la Vallière, y ello llegó a oídos de la superintendente duquesa de Navailles, y ésta mandó poner rejillas a las camaristas; con lo que Luisa la Vallière y el Rey-Gato se vieron precisados a hablar a través de un tabique, lo mismo que dos colegiales que quebrantan las horas de silencio.

Presto llegó a París la voz de que Luisa era la dama del rey Luis, y entonces la Vallière fué amonestada por su tía con la severidad del caso, y la joven decidió retirarse prudentemente al convento de Saint-Cloud. El monarca recibió, asombrado, un billete en que leía sólo: *Adiós, adiós!*... Y tomando un caballo, se presentó fieramente en la santa Casa, y Luisa tuvo que seguirle a Palacio. ¡Era tan débil y era tanta su sed...!

Al cabo de un año de luchas y pruebas, Luisa de la Vallière era declarada dama de Luis XIV y se promulgaba un edicto creando el título de duquesa de la Vallière, y Luisa, al fin, la sedienta de amor, era el amor del rey.

Un oficial de Guardias se suicidó aquel mismo día, de modo romántico y misterioso, y al saberlo el rey, comentó:

—Ha hecho bien. Y si yo fuera simple oficial de Guardias haría lo mismo...

Enterraron al desdichado oficial, y la Corte murmuró más que nunca y con encono urdió las más sordas intrigas y las maquinaciones más astutas; mas Luisa era el corazón de Luis XIV.

Pero, ¡ah!, que aquellos amores fueron amores de Versalles, rosas de Fontainebleau, que duran poco. Pronto la inconstancia hizo presa en Su Majestad, y madame de Montespan, diabólica y traviesa, interesó al enamoradizo.

—¡Pobre Luisa!—murmuró entonces la corte.

—¡Pobre Luisa!—gimió ella misma—.

Y llena de angustia y de cuidado, más atormentada que nunca por su incurable sed, huyó de Palacio y se refugió en el convento de las religiosas de Santa María.

No fué esta vez el rey a buscarla; se limitó a mandar al conde de Colbert para que hiciese regresar a la fugitiva, y ella, cediendo... a sí misma, tornó a la corte.

Pero la Montespan era ya, francamente, la favorita de Luis XIV, y una continuada serie de humillaciones y desaires hacían sufrir a la desgraciada la Vallière.

No podía ya en el mundo saciar la sed de amar que la abrasaba y sintióse sedienta de un amor más alto que el del rey, de un acendrado amor de Dios; y tomó la resolución definitiva de encerrarse por siempre en las Carmelitas del arrabal de Saint-Jacques.

Inmenso gentío la esperaba; lloraron ahora los cortesanos; sólo Luis permaneció impasible, y Luisa se cortó su cabello magdalénico, a los treinta años de su vida, con música de *Requiem* y oración fúnebre de Bossuet.

«Hízose carmelita y perseveró—cuenta Voltaire—. Llevar el cilicio, andar descalza, ayunar rigurosamente, pasar las noches en el coro cantando en un idioma desconocido, todo eso no fué bastante a desanimar la delicadeza de una mujer acostumbrada a tanta gloria, a tanta molición y a tantos deleites.»

Y la Vallière misma, sor Luisa de la Misericordia, dice:

«—Si sufrí en el claustro, más sufrí con la ingratitud del rey.»

Treinta y cinco años vivió en la penitencia, y vivió santamente, hasta que murió en el Señor. Murió de sed. Y fué de esta manera:

Atravesando un día el jardín del convento, vió que una joven religiosa tomaba agua de la acequia en la palma de la mano y en ella bebía. Trájele esto el recuerdo de que pasando cierta vez en Fontainebleau por el bosque con toda la corte y como dada que era a la soledad, se alejó en una de las figuras de la *gallina ciega* y se encaminó a una fuente solitaria. El rey, que la celaba siempre, la alcanzó cuando se inclinaba a beber en el cuenco de su mano de rosa; y él juzgó la copa digna de un rey; arrodillóse y bebió en ella, diciendo que aquel agua era el vino mejor...

Y la atormentada sor Luisa, súbitamente herida en la triste madurez por la representación viva de la culpa... o de la dicha juveniles, se prometió no beber más mientras viviera; y así lo hizo. Cayó enferma, y murió. Se dobló, seca, la Flor de Versalles.

José BRUNO

LIRICA ESPIRITUAL

POEMAS DE EXALTRCIÓN

Una flor, un pájaro, una estrella

Amarte como a una flor...

Amarte como a la flor más preciosa, amor mío. Porque tu carne tiene algo de todas las flores bellas. Porque el cáliz de tu blanco cuerpo atesora el alma de todos los perfumes.

Amarte como a un ave del cielo...

Amarte como al ave que más alta se remontara al azul, amor mío. Porque, como el pájaro en el aire, tu espíritu se cierne sobre las cumbres del ensueño.

Amarte como a una estrella...

Amarte como a la más hermosa estrella, amor mío. Amarte como a Arturo, a Vega, a Sirio. Porque tu cuerpo parece haberse amasado con su plata. Porque en tu alma, como en aquellos soles, palpita siempre la luz de lo infinito, una llama de Dios.

Cuando cese mi vida

Cuando cese mi vida, ¡oh, Corazón, Divinidad!; cuando se apague la llama mortal de este culto, que me une a ti como la hiedra al árbol, te acordarás tiernamente de quien tanto te amaba, del que supo hacerte ofrenda de los tesoros de su espíritu.

Cuando cese mi vida, ¡oh, Corazón, Divinidad!; y de rodillas beses la tierra que oculte para siempre mi cuerpo, el perfume de las flores que de mi carne broten renovará en tu carne el hálito de aquellas noches encendidas en que, bajo la paz de las estrellas, vagábamos por el país de los sueños, conjugando nuestras más íntimas e indefinibles vibraciones.

Cuando cese mi vida, ¡oh, Corazón, Divinidad!; mi carnal sustancia se perderá en el mar misterioso adonde afluyen todas las corrientes vitales; pero mi alma perdurará en tu recuerdo, y nunca acabará este amor, y la muerte, lejos de separarnos, consolidará la dulce cadena.

Cuando mi triste vida cese, ¡oh, Corazón, Divinidad!; cuando se encienda la eterna antorcha de mi vida futura, peregrinará mi alma a través de los cielos, y, esperándote siempre, viajaré de estrella en estrella, y aprenderé todas las lenguas de su divina luz, para poder hablar desde allí con tus ojos, por encima de la muerte y del tiempo...

Miguel ROMERO MARTINEZ

VISIONES DEL PASADO

LA CASA DE SANTA TERESA

Es la tal casa un edificio sencillo y bien humilde en su construcción. A no ser por el grande prestigio que le presta el que dentro de sus muros habitase un tiempo la sabia doctora de Avila, la dulce, la entrañable, la poética, la seráfica, la extática y mística Teresa de Jesús, poco de notable ofrecería a los ojos de los artistas y al espíritu de los soñadores, tan inclinado a rumiar líricamente, en horas de emoción y de soledad, las sabrosas evocaciones del vivir pretérito de la raza.

Los dos escudos nobiliarios que tiene a los lados del balcón y las grandes dovelas del arco de su puerta indican a las claras que la casa perteneció a alguna noble familia de entonces. Y así fué, en efecto, y hasta parece como probado que era la casa solariega de los Ovalles, señores de la Puebla de Escalonilla.

Estas sencillas paredes, venerables por haber cobijado a la suavísima Teresa, ungidas, por sólo esto, de una alta aristocracia espiritual, penetrante y sagrada, albergaron la quemada de sol y entumecida de las nieves de los caminos, heridos los pies en los zarzales de los senderos, rendidos y ensangrentados, mal defendidos por el cuero de las sandalias, cuando exhausta y enferma, pero con la esperanza entera, el pensamiento y los ojos en Dios y el corazón en lo alto, llegó a estos gloriosos llanos de Salamanca, desde las tendidas llanuras de Avila, víspera de Todos los Santos, el día 31 de octubre de 1570, con el cristiano deseo de fundar en estas tierras salamanquinas un convento de la Orden.

Esta misma casa, que ante mis ojos se presenta ahora medio abandonada y derruida, con un carro sin bestias contra uno de sus muros, y frente a la puerta un coche de camino que habrá rodado horas y horas bajo el ardiente sol de Castilla, transportando de otros lugares a estudiantes alegres y a ruidos y graves labradores; esta misma casa, que contemplo emocionado, fué albergue de Teresa, la imponderable y la entrañable.

La misma Santa, en los capítulos XVIII y XIX de sus obras, nos habla del gran sobresalto que ella y una compañera, apellidada María del Sacramento, pasaron en esta casa vetusta, por causa de unos estudiantes que hubieron de salir de ella para dejársela libre y desocupada a las monjas.

Oigamos cómo la divina Teresa narra el trance, interesante y medroso, en los capítulos expresados de su *Libro de las fundaciones*:

«Pues una víspera de Todos los Santos, el año que queda dicho, a medio día, llegamos a la ciudad de Salamanca. Desde una posada procuré saber de un buen hombre de allí, a quien tenía encomendado me tuviese desembarazada la casa, llamado Nicolás Gutiérrez, harto siervo de Dios, que había ganado de Su Majestad, con su buena vida, una paz y contento en los trabajos grande; que había tenido muchos y vistose en gran prosperidad, y había quedado muy pobre y llezaba con tanta alegría como la riqueza. Este trabajó mucho en aquella fundación, con harta devoción y voluntad. Como vino, díjome que la casa no estaba desembarazada, que no había podido acabar con los estudiantes que saliesen

della. Yo le dije lo que importaba que luego nos la diesen antes que se entendiese que yo estaba en el lugar; que siempre andaba con miedo, no hubiese algún estorbo, como tengo dicho. El fué a cuya era la casa, y tanto trabajó, que se la desembarazaron aquella tarde; ya cuasi de noche entramos en ella. Fué la primera que fundé sin poner el Santísimo Sacramento, porque yo no pensaba en tomar la posesión si no se ponía; y había yo sabido que no importaba, que fué harto consuelo para mí, según había mal aparejo de los estudiantes, que como no deben tener esa curiosidad, estaba de suerte toda la casa que no se trabajó poco aquella noche.

«Otro día, por la mañana, se dijo la primera misa, y procuré que fuesen por las monjas, que habían de venir de Medina del Campo. Quedamos la noche de Todos los Santos, mi compañera y yo,

turbarme a mí, que con la flaqueza de corazón que tengo no me solía bastar. Yo la dije qué miraba, pues allí no podía entrar nadie. Díjome: «Madre, estoy pensando si ahora me muriera yo aquí, ¿qué haríades sola?» Aquello, si fuera, me parecía recia cosa; hizome pensar un poco en ello y aun haber miedo; porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo hé, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que, como he dicho, era noche de ánimas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento en niñerías; cuando entiendo que de él no se ha miedo, busca otros rodeos.»

Tal es el cuadro que de la noche de su llegada a Salamanca nos ofrece la suelta y amadísima prosa de Teresa. Ahora, lector, con poco esfuerzo imaginativo, podemos completarle nosotros.

son de orgía, locos y descreídos, dispuestos a realizar un sacrilegio abominable... María del Sacramento cruzaba sobre el pecho castísimo las manos de marfil, que temblaban como dos lirios, y pedía devotamente al Señor, con ansias vivas, que pronto fueran venidos los alegres y dorados resplandores de un buen amanecer...

Teresa la consolaba, amorosa, confada y dulce... Pero cuando María del Sacramento creyó morir, y díjole a su compañera Teresa sobre los miserables pajas del lecho, estremeciéndose de la cabeza a los pies... Había un extraño y grande temor a los muertos, y espantábase de pensar que aquélla pudiera acaecer como María del Sacramento decía, y que podía verse sola en aquella casona desconocida y deshabitada con una muerta al lado suyo, amarilla, y fría, y tiesa...

No temía a su muerte propia; había pensado en ella muchas veces, como en una esperanza de bendición, y hasta balbuceaba de continuo, el alma trémula como un pajarico enjaulado y la mirada extática y vuelta hacia la altura:

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

En otras apasionadas horas—que así fueron todas las suyas—, viendo que se prolongaba su vida terrena y que su anhelo veheméntísimo de reclinarse, tal que dicar los versos de San Juan de la Cruz,

entre los dulces brazos del Amado,

se retardaba más de lo que ella apetecía en el secreto fragante de su corazón, repetíase, melancólica, puestos sus más vivos afanes en la delicia de este bajo morir:

¡Ay, qué larga es esta vida;
qué duros estos destierros!

Sí; Teresa estaba familiarizada con la idea de su propia muerte; anhelaba, con su pasión exaltadísima, partirse de esta existencia perecedera y nacer a la vida inmortal en los altos cielos nebulosos; pero la idea de la muerte era cosa que parecíala recia, medrosa y alucinante...

Y así, la dulce y suavísima Teresa de Jesús se sobresaltaba y estremecía oyendo y mirando a la asustadiza María del Sacramento.

Seguían los altos campanarios vertiendo el triste toque de ánimas por la boca grave y sonora de sus campanas, y seguía el viento sollozando por las callejas desiertas y gimiendo por los desvanes vacíos...

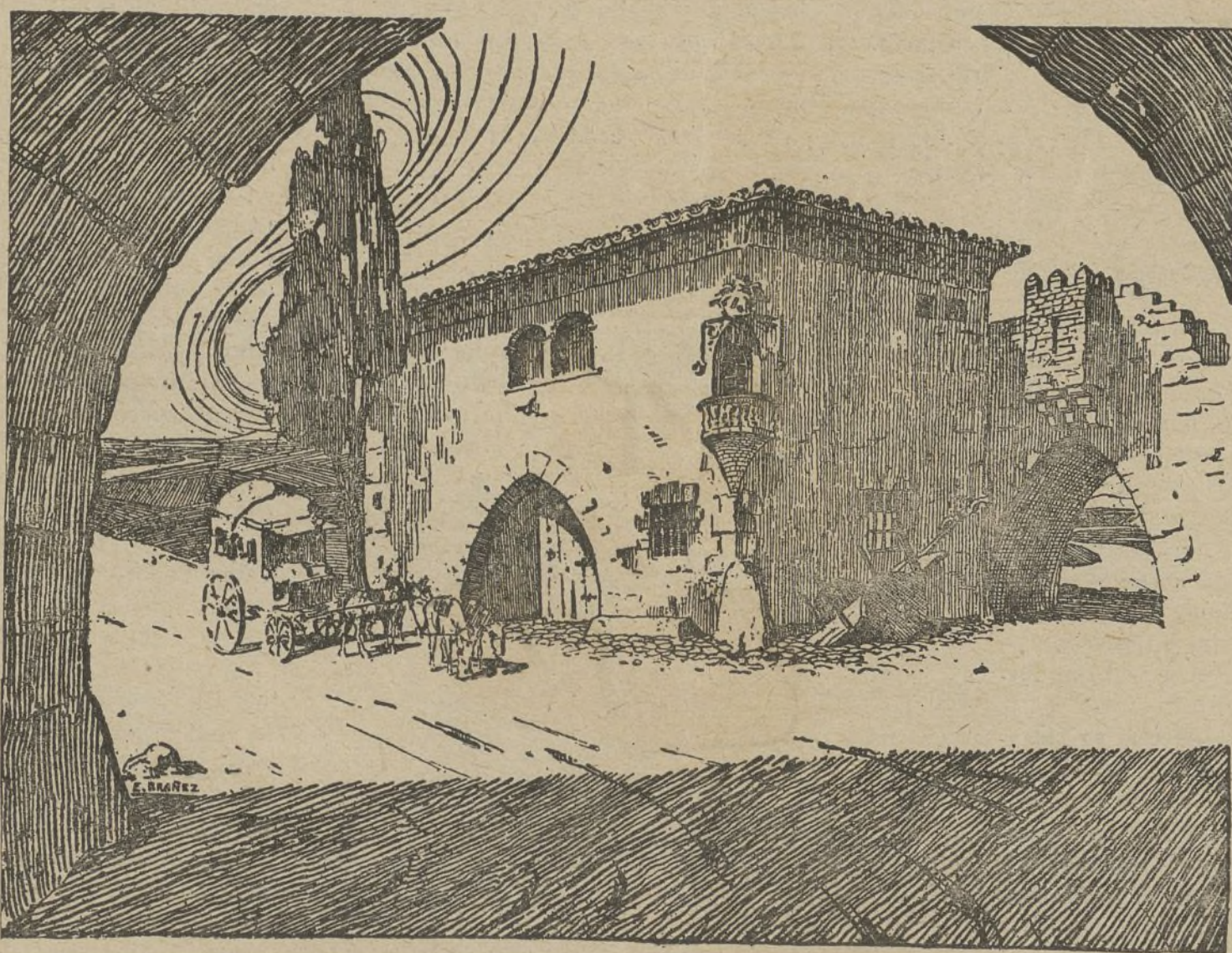
María del Sacramento y Teresa de Jesús temblaban y rezaban sobre las pajas crujientes, viendo de espantar de su sentido aquella mala pesadilla, enredo del demonio, sin duda.

Y huyó la pesadilla, por fin... Deshízola, como humo en el aire, la primera luz del amanecer, dorada y azulina, que penetraba gloriosamente por el postigo del viejo balcón.

Y entonces, en los labios convulsos de las carmelitas, floreció una sonrisa de serenidad y floreció una plegaria de agradecimiento, como dos rosas que se abrían alegres y fragantes en el místico jardín de sus almas...

Alberto VALERO MARTIN

Dibujo de E. BRAÑEZ.



solas. Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo, harto sierva de Dios, que me da gana de reír. La casa, muy grande y desbaratada y con muchos desvanes, y mi compañera no había quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole que como se habían enojado tanto de que salieran de la casa, que alguno se había escondido en ella, ellos lo que pudieron muy bien hacer, según había adonde.

«Cerrámonos en una pieza donde estaba paja, que era lo primero que yo preveía para fundar la casa, porque teniendo no nos faltaba cama; en ella dormimos esa noche con unas dos mantas que nos prestaron. Otro día, unas monjas que estaban junto, que pensamos las pesara mucho, nos prestaron ropas para las compañeras que habían de venir, y nos enviaron limosnas; llamábase Santa Isabel, y todo el tiempo que estuvimos en aquella casa nos hicieron harto buenas obras y limosnas. Como mi compañera se vió cerrada en aquella pieza, parece sosegó algo cuanto a los estudiantes, aunque no hacía sino mirar a una parte y a otra, todavía con temores, y el demonio que la debía ayudar con representarla pensamientos de peligro para

El viento huracanado de noviembre se arrastraba ronco y espantoso por las calles viejas de la ciudad. Batía las maderas del balcón, y, filtrándose por las grietas del tejado, rugía a través de las grandes y desiertas estancias y sollozaba a lo largo de los amplios desvanes vacíos... De los campanarios, sonoras y lúgubres, caían unas campanadas lentas y graves, con un triste tañer medroso, como si volteasen por aquellas ánimas en pena que gemían empujadas por los vientos, de aquí para allá, en carreras frenéticas y en locos remolinos, llenándolo todo, atropellándose en los rincones oscuros y en las serpenteantes callejuelas, en los erguidos y gloriosos campanarios y en las bajas y negras encrucijadas...

María del Sacramento, a cada misterioso ruido, incorporábase lívida sobre humilde lecho de pajas secas y crujientes, y miraba amedrentada en derredor suyo... Con grande sobresalto del corazón esperaba, de un momento a otro, ver derribada la puerta por un grupo de cínicos y desenfadados estudiantes, en son de guerra, rencorosos y terribles, que venían, huraños y vengativos, a pedirles severa cuenta de por qué les habían obligado a desembarazar la casa... Aún pensaba fuera peor verles entrar en

Jacobo el matagigantes

En los tiempos del rey Arturo había en Inglaterra un labrador que tenía un hijo llamado Jacobo, y no lejos de la casa de éstos vivía un gigante llamado Cormorán.

Era este gigante como tres veces un hombre, y cuando decía a comer, comía, no ya como tres ve-



ces cualquier hombre, sino más que el pueblo entero. Para él un buey era como un filete, y gustaba de zamparse tres y cuatro filetes por comida.

Nadie en el pueblo se atrevía a meterse con él. Pero Jacobo se sentía nacido para matar gigantes; no le gustaba más oficio que el de matagigantes, y un día cogió un cuerno de caza y una azada y se marchó a la cueva de Cormorán para matarlo. Cavó un hoyo muy grande a la puerta del monstruo, mientras éste dormía; lo tapó con ramas y hojas y comenzó a soplar con toda su fuerza en el cuerno de caza, hasta que despertó a Cormorán.

Tanta rabia le dió al envergamento de que se riera de él un mequetrefe semejante, que fué hacia él, dispuesto a tragárselo como si fuese un renacuajo. Pero en cuanto salió de la cueva plantó la pata en las ramas que tapaban el hoyo, y fué rodando al suelo. Entonces el muchacho le dió con la azada en la cabeza y le mató, antes que el gigante pudiera levantarse y defenderse.

Así mató Jacobo—con lísteza y valentía, más que con fuerza—al primer gigante de su vida.

En el pueblo de al lado vivía otro gigante, y al enterarse de que Jacobo había vencido y muerto a su colega, decidió quitarle en medio al chico, no fuese que el mejor día le preparase a él también alguna emboscada como al otro.

Dicho y hecho; le acechó detrás de unas rocas, y un día que iba Jacobo por el camino, descuidado, sin figurarse ni remotamente el peligro que le esperaba, salió el gigante de su escondrijo, agarró al chico, como si fuera un rollo de papel, y se lo llevó debajo del brazo a su castillo para tenerle allí prisionero y hacerle trabajar en su provecho, como a tantos otros que, presos allí, corrían igual suerte.

Cuando supieron en el pueblo lo ocurrido—unos traficantes vieron pasar al gigante llevándose a Jacobo—, todos quedaron consternados y le dieron por muerto. En el castillo aquel había dos gigantes por falta de uno, y prisionero que entraba, prisionero que no volvía a salir.

Jacobo, sin embargo, no se apuró.

—Tenemos que matar a los gigantes—dijo a sus compañeros de cárcel cuando se encontró con ellos dentro de un calabozo en donde había más de ciento.

—¡Desgraciado!—decíanle los otros—. ¿Cómo podremos vencer a los gigantes, si estamos presos y sin armas?...

Jacobo se encogió de hombros.

—No sé cómo; pero tenemos que vencerlos: ya veremos.

Y se pasaba las horas cavilando; hasta que un día exclamó:

—Ya sé cómo.

—¿Qué sabes?—preguntaron todos los compañeros.

—Ya sé cómo mataremos a los gigantes.

La ventana del calabozo caía encima de una puerta. Todos los días pasaban por allí debajo los gigantes cuando querían salir o entrar.

Jacobo cogió una cuerda, y haciendo un nudo corredizo, esperó a que apareciera el gigante; entonces le echó la cuerda al cuello y, tirando hacia arriba entre todos, le ahorcaron.

Cuando le vieron muerto, aflojaron el nudo. El otro gigante salió por la misma puerta, y al ver a su compañero en tierra, se agachó para ver lo que pasaba. Jacobo, que estaba al acecho en la ventana, volvió a echarle al cuello el lazo y, tirando para arriba, le estranguló como al otro.

Una vez muertos los dos, pudieron escaparse y rescatar los tesoros que habían robado los gigantes, quedándose Jacobo dueño del magnífico castillo.

Por todas partes corrió la fama de aquel moza-



bete que había matado a tres gigantes, cuando todavía no le asomaba pelo de bigote.

Al enterarse el rey del país vecino, mandó que llamaran a Jacobo, y le dijo:

—En mi comarca hay un gigante a quien nadie ha podido vencer hasta ahora. Si tú te atreves a matarle te daré la mano de mi hija y te nombraré heredero del trono.

Y Jacobo aceptó en el acto, y solo, sin armas y sin nada, se presentó en el castillo del gigante y llamó a la puerta.

Abrió el mismo gigante y le dijo:

—¿Quién eres tú?

—Jacobillo, el matagigantes—contestó.

—¡Hola!—dijo el gigante, despreciándole y echándole a broma—. Y ¿a qué vienes tú, a matarme?

—Pudiera ser—respondió imperturbable Jacobillo.

—¿Y si te mato yo?

—No podrás—contestó con gran aplomo el chico—. A mí no me pueda matar nadie; por eso no pueden conmigo los gigantes.

Como hablaba con tanta seguridad, cogió miedo el gigantón, temiendo que, en efecto, tuviera aquel chico algún secreto mágico. Así, que le pareció mejor hacerse amigo suyo y matarle a traición, antes de que Jacobo pudiera echar mano del sortilegio.

Le invitó, muy amable, a que entrara en la casa, y le ofreció buena mesa y buena cama.

—Los gigantes—le decía—no somos tan fieros como dice la gente. Somos buenas personas y amigos de nuestros amigos. Si tú quieres seremos compañeros. ¡Verás qué vida nos damos!

De este modo entretuvo a Jacobo hasta que llegó la noche y se marcharon a dormir. El gigante ofreció a Jacobillo una alcoba magnífica y una cama de marfil, con colchones de plumón, movidísimo, y le dejó, para que reparase fuerzas si quería, un pellejo de vino y veinte panecillos, porque se figuraba el gigante que todos eran tan comilones como él.

Pronto se quedó en silencio la casa. Entonces Jacobo se levantó con mucho cuidado, puso el pellejo de vino encima de la almohada y esperó.

A la media hora, se abrió la puerta de la alcoba, poco a poco. Era el gigante, que entraba con una maza para aplastar la cabeza de Jacobo, mientras dormía. En efecto, se acercó, levantó la maza y, ¡zas!, descargó en la almohada un golpe que hizo añicos la cama.

Como el vino se derramó por todas partes, creyó el gigante que era la sangre de Jacobo, y se fué a dormir, seguro de que le había mandado al otro mundo.

A la mañana siguiente, al despertar, Jacobo se rodeó todo el cuerpo con los panecillos que le había dejado el gigante la noche anterior, y salió de su cuarto en busca del dueño de la casa.

—Aquí estoy—le dijo riendo—. Aquí me tienes. Ahora te convencerás de que a mí no puede matarme nadie. Me abriste la cabeza y llené el cuarto de sangre; pero resucité, y mira: como si nada.

El gigante le miraba, asombrado y envidioso, al ver que ni siquiera se le conocía la señal de la calabradura.

—¿Cómo has hecho para no morirte; di?

Jacobo le contestó enseñándole una sortija.

—Tengo un anillo mágico. El dueño de este anillo no se muere jamás, haga lo que haga. Vas a ver. Y cogiendo un cuchillo de encima de la mesa, se lo hundió cuatro o cinco veces en los panecillos que se había puesto debajo de la ropa.

El gigante se quedó boquiabierto y envidioso.

—Ten el anillo y prueba; verás como no te pasa nada.

El gigante cogió el anillo, dispuesto a no devolverlo a Jacobo jamás, y se hundió el cuchillo en la barriga, creyendo que iba a pasarle lo mismo que al chico. Pero como no tenía, como Jacobo, panecillos



por fuera de la panza, sino que los tenía por dentro, empezó a echar sangre, y, ¡colorín, colorao!, se acabó el gigante, y Jacobo pudo casarse con la hija del rey, con quien vivió feliz muchos años.

JUAN DE LAS VIÑAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

UNA OBRA EXCEPCIONAL DE ZULOAGA

LA GRAN POETISA Y EL EXCELSO PINTOR

ERA en los últimos días de 1913. El gran artista y gran amigo José Clará, con la barba hirsuta que gustaba por entonces—una barba que en aquella época no sabía uno todavía llamar bolchevique—, y Zuloaga, con un macferlán gris avellanado y un chambergito inmenso, un chambergito muy «español de París», constituíamos, por entre la espesa niebla de diciembre, una pequeña caravana que no dejaba de admirar a los transeúntes, esos transeúntes de París tan acostumbrados, sin embargo, a no admirarse de nada. ¡Pero la voz de trueno e hispanos acentos y el chambergito y abrigo de Zuloaga!... La cosa es que veníamos del estudio de Clará y que habíamos dejado allí su literaria modelo (yo la llamaba así porque siempre estaba leyendo; recuerdo que aquel día, precisamente, Clará trabajaba «en las piernas»; así es que la buena señora—era casada y se la llamaba *madame*, con gran respeto—estaba sentada en la alta tarima, muy seria, con sus faldas levantadas por encima de las

desnudas rodillas y su novelón en la mano), para dirigimos desde ese lejano Trocadero a la no menos lejana rue Caulaincourt, en donde Zuloaga nos había prometido enseñarnos su última obra: el retrato de la famosa condesa de Noailles.

En el estudio, una sorpresa: una visita esperaba. Era un hombre, sin nada de particular: ni alto, ni bajo; delgaduchito y bigotudo, vestido con extrema sencillez y también compatriota: el tipo corriente del perfecto oficinista español; uno de esos empleados de ministerio, cortados por un mismo patrón y, al parecer, por contrata, y hechos para pasar en todas partes absolutamente inadvertidos. Yo, lo confieso sinceramente, apenas si reparé en él, y cuando salimos juntos, me quedé más que asombrado al oírle decir que marchaba a la Opera Comique, en donde le estaban ensayando una obra. —Buena suerte! —Gracias—respondió él—; pero no debe uno hacerse nunca ilusiones—. Meses

después se estrenaba «La vida breve», y el nombre de Manuel de Falla era célebre en el mundo entero.

El estudio de Zuloaga no podía distar más de lo que uno se figura ser el estudio de un pintor en boga. En las paredes había, cierto es, algunos cuadros nada menos que de El Greco; pero su tetricidad nada le restaba a la tetricidad ambiente. Muros desnudos, verdosos, o tal vez verdosos por la luz desapacible que se filtraba por una gran ventana igualmente desnuda; sillas de paja; un diván que pudiera decirse, dado su estado, reducido a su más mínima expresión; unas tallas antiguas, magníficas, sí; pero había que fijarse mucho para darse cuenta de ello, pues se hallaban en lo alto de un armario que nada tenía de artístico, y, por fin, lienzos de cara a la pared y que acentuaban la impresión de frialdad y desanimación.

Y de pronto, el «golpe de teatro», la iluminación repentina. Zuloaga acababa de colocar en un caballete el retrato de la condesa de Noailles.

Posteriormente, enterándonos de las últimas adquisiciones del museo de Bilbao—este museo que no tardará en ser en arte moderno el más interesante y «mejor entendido» de España—, volvió a presentarse ante nuestra memoria aquel retrato de una de las mujeres más célebres de hoy día, pintado por uno de los pintores también más universalmente célebres. Y volvimos a ver, como en aquel verdoso día del ya lejano diciem-

bre parisino, el cuadro estridente y armonioso: traje amarillo, cabellera exóticamente negra sobre el azul verde de los ojos y ese algo oliendo a perfume espeso que domina toda la figura, su actitud, su indumentaria y los accesorios. Porque es este un retrato no sólo de visión imborrable, sino—sobre todo—de inolvidable *sabor*. (No se parece en nada, claro está, ni en tonalidad, ni en composición, ni en dirección estética, al «Marsella, puerta de Oriente», de Puvis de Chavannes; y, sin embargo, su recuerdo nos trae invenciblemente el recuerdo de esta otra obra: perfumes, tapices, flores demasiado abiertas, olor a especias, ámbros, carnes doradas, un exotismo que bien pudiera ser modernismo exasperado y bien pudiera ser también un *rastacuerismo* grecoperso mal cubierto por una corteza de ese parisianismo—«tren de lujo», que dijo Abel Hernant—que florece en los invernaderos millonarios y no parisinos de los alrededores del Arco de Triunfo...)



El modelo aquí ha servido estupendamente de complemento al pintor. Anna, hija del príncipe rumano Bessaraba Brancovan y de una inspirada compositora griega, emparentada con los Chimay y casada con el conde Mathieu de Noailles, de la más rancia aristocracia francesa, es, indiscutiblemente, una de las figuras femeninas más originales de nuestro tiempo. Es un gran poeta, un gran poeta femenino en el sentido más lírico, exasperado y desenfrenadamente femenino de la palabra; y, por lo visto, desde los delirios pitonísicos hasta nuestros días, hay quien gusta de esto. Lo cierto es que la condesa de Noailles es bellísima, que publica una cantidad asombrosa de libros en que habla de los anhelos de su alma, de las aspiraciones de su corazón y de las angustias y embriagueces que le produce su panteística concepción del universo, y que, además, tiene lo que a orillas del Sena se llama un «salón literario»; es decir, un salón y un comedor donde charlan y comen los más ilustres académicos y repartidores de premios de la Academia.

Pero a la condesa de Noailles se la ha pintado multitud de veces: la Gándara, que llamó su *escurrido* retrato «La dame à l'hortensia»; Jacques Emile Blanche, que la representó meditabunda junto a su hijo igualmente meditabundo; y siempre fueron retratos de mundana, una mundana algo «orientalista», y nada más. Únicamente Zuloaga ha hecho su *efigie* verdadera.

Tenía que ser Zuloaga su pintor, porque únicamente Zuloaga es lo bastante intenso para la intensidad del *sabor* del modelo. Aun en sus retratos más cosmopolitas, Zuloaga aparece rotundamente nacional; es decir, del país de los retratistas más sobrios y más fuertes; por eso puede, como aquí, complicar la decoración. El carácter, el único carácter verdadero, saldrá siempre concentrado e íntegro.

De otras tierras se puede decir lo pintoresco: la visión exterior de Castilla es imposible; los artistas que sólo han querido dar su aspecto no han dado nada, pues pintar un trozo de tierra amarillenta en lugar de verdosa, ponerle a un modelo un refajo de bayeta y pintar el fondo con añil, no es siquiera decir lo que *presenta* Castilla. Ciertos caracteres, por su entereza y su perennidad, no se pueden definir con datos más o menos característicos. Los artistas castellanos lo saben, y Zuloaga, que representa en el arte de hoy la idea íntegramente castellana, desprecia la representa-

ción fácil y vacua y busca siempre la *sensación*: el fulgor que da la clave de toda una manera de ser y de aparentar. De ahí el *sabor* de este retrato, ya que Zuloaga, vasco, pero castellano por afinidad aun más que por comprensión, y sobre todo por su instinto de artista estrechamente fundido en la sensibilidad artística castellana, pinta siempre con el carácter y los medios de los grandes maestros castellanos.

Y conviene, por tanto, destacar de toda la serie de retratos zuloaguescos este retrato de la condesa de Noailles, en que el carácter excepcional del modelo ha servido de marco perfecto al carácter excepcional antiguo, modernísimo, rancia y exóticamente nacional y exóticamente oriental (¿no es España la parte más espléndida del Oriente de Europa?) del pintor.

Y conviene, sobre todo, reparar en una nota que es una de las características de Zuloaga en toda su producción y que se impone como dominante: la distinción. En su estudio acerca de nuestro artista, Léonce Bénédite habla de «la *belle tenue* distinguée» de sus obras. ¿Qué quiere realmente decir esto? ¿En qué consiste y qué significa esta distinción? «... Quisiera—decía ya Baltasar Castiglione en su *Cortegiano*—, quisiera que el traje testimoniasse esa gravedad que conserva tan fuerte la nación española, pues las cosas exteriores sirven de testimonio a las interiores...» Podrá, a primera vista, parecer paradoja el hablar de «gravedad» a propósito de una figura tan inquieta—tan cosmopolitamente inquieta—como esta de la condesa de Noailles pintada por Zuloaga. Y, sin embargo... Fijáos en el aplomo, en la conciencia de sí misma que posee, en lo *bien asentada* que está. Y recordad una obra de exterior—al parecer—aún mucho menos sereno: la «Irene», aquel desnudo de mujer, procaz y chillón, que tiene Zuloaga en la Galería Nacional de Roma. Pues sí, también aquella es grave; también aquella tiene esa «gravedad exterior» que el bueno de Castiglione observaba ser peculiar a la nación española. Lo que hoy llamamos *distinción*.

Y por esto es quizás por lo que este retrato de la famosa poetisa es tan representativo en la obra del más representativo de nuestros artistas; porque por su mismo carácter, tan complejo y contrario, afirma más poderosamente la unidad y seriedad de la pintura española.

Margarita NELKEN

LA EPÍSTOLA DE RUBÉN DARÍO A LA SEÑORA DE LUGONES

Gabriel Alomar ha evocado, no ha muchos días, en nuestras páginas la regalada y sabrosa memoria de la famosa *Epístola* escrita por Rubén Darío a la esposa de Leopoldo Lugones y publicada por primera vez en estos mismos LUNES hace catorce años. Esto ha originado un cordial diálogo periodístico entre el maestro y su ilustre cofrade Enrique Díez Canedo, en que ambos se lamentan de las alteraciones y omisiones hechas en la poesía al trasladarla a la edición de *El canto errante*. Secundando esta noble y espiritual evocación, se engalana de nuevo EL IMPARCIAL con la pomposa flor de aquel numen magnífico, y, como curiosidad literaria, al restituir el texto a su forma original, marcamos con un asterisco los versos variados y con dos los suprimidos.

Madame Lugones, j'ai commencé ces vers en écoutant la voix d'un carillon d'Anvers...
Así empecé, en francés, pensando en Rodenbach, cuando hice, hacia el Brasil, una fuga de Bach. En Río de Janeiro iba yo a proseguir poniendo en cada verso el oro y el zafir y la esmeralda de esos pájaros moscas que melifican entre las áureas siestas foscas que temen los que temen el cruel vómito negro. Ya no existe allá fiebre amarilla. ¡Me alegro! *El pour cause.* Yo panamericanicé con un vago temor y con muy poca fe en la tierra de los diamantes y la dicha tropical. Vi, por fin, que si había machicha, existía también un gran núcleo cordial de almas llenas de amor, de ensueño, de ideal; que si había un calor feroz, también había todas las consecuencias y ventajas del día, en panorama igual al de los cuadros y hasta igual al mejor de la fantasía. Basta. Mi ditirambo brasileño es ditirambo que aprobaría tu marido. "Arcades ambo."

Mas al calor de ese Brasil maravilloso, tan fecundo, tan grande, tan rico, tan hermoso, a pesar de Tijuca y del cielo opulento, a pesar de ese foco vivaz de pensamiento, a pesar de Nabuco, embajador, y de los delegados panamericanos, que hicieron lo posible por hacer cosas buenas, saboreé lo ácido del saco de mis penas; quiero decir que me enfermé. La neurastenia es un don que me vino con mi obra primigenia. Y he vivido tan mal... y tan bien..., como, y tanto... y tan buen comedor guardo bajo mi manto, y tan buen bebedor tengo bajo mi capa, y he probado bocados de cardenal y papa, y he exprimido la ubre cerebral tantas veces, que estoy grave. Esto es mucho ruido y pocas nueces, según dicen doctores de una sapiencia suma. Mis dolencias se van en ilusión y espuma. Me recetan que no haga nada ni piense nada; que me retire al campo a ver la madrugada con las alondras y con Garcilaso y con el sport. ¡Soberbio! ¡Sí, muy bien! ¿Y *La Nación*? ¿Y mi trabajo diario y preciso y fatal? ¿No se sabe que soy cónsul, como Stendhal? Es preciso que el médico que eso receta dé también libro de cheques para el *Credit-Lyonnais* y envíe un automóvil, devorador de viento, en el cual se pasee mi egregio aburrimiento, harto de profilaxis, de ciencia y de verdad.

En fin, convaleciente, llegué a nuestra ciudad de Buenos Aires, no sin haber escuchado a mister Root a bordo del "Charleston" sagrado. Mas mi convalecencia duró poco. ¡Qué digo!; mi emoción, mi entusiasmo, y mi recuerdo amigo, y el banquete de *La Nación*, que fué estupendo, y mis viejas siringas con su pánico estruendo, y ese fervor porteño, ese perpetuo arder, y el milagro de gracia que brota en la mujer argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra, me pusieron de nuevo con mi salud en guerra.

Y me volví a París. Me volví al enemigo terrible, centro de la neurosis, ombligo de la locura, foco de todo *surmenage*, donde hago buenamente mi papel de "sauvage" encerrado en mi celda de la *rue Marivaux*, confiando sólo en mí, y resguardando el yo. ¡Y si lo resguardara, señora!... ¡Si no fuera lo que llaman los parisienses "una pera"!... A mi rincón me llegan a buscar las intrigas, las pequeñas miserias, las traiciones amigas y las ingratitudes. Mi maldita visión sentimental del mundo, me aprieta el corazón, y así cualquier tunante me explotará a su gusto. Soy así. Se me puede robar con calma. Es justo. Por eso los astutos, los listos, dicen que no conozco el valor del dinero... ¡Lo sé! Que ando, nefelibata, por las nubes... ¡Entiendo!

Que no soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo! Sí; lo confieso, soy inútil...; no trabajo por arrancar a otro su pitanza. no bajo a hacer la vida sórdida de ciertos previsores. Yo no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores. No combino sutiles pequeneces, ni quiero quitarle de la boca su pan al compañero. Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes. Gusto de gentes de maneras elegantes y de finas palabras y de nobles ideas. Las gentes sin higiene ni cultura, o de feaz trazas, avaros, torpes, o malignos y rudos, mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos. Si el *sportman* es Pretonio, con él mis gustos son; porque si no, prefiero a Verlaine o a Villon. No conozco el valor del oro... ¿Saben esos que tal dicen lo amargo del jugo de mis sesos, del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta, del pensamiento en obra y de la idea encinta? ¿He nacido yo acaso hijo de millonario? ¿He tenido yo Cirineo en mi Calvario? Tal continué en París lo empezado en Anvers. Hoy, héme aquí en Mallorca, "la terra dels foners", como dice mossén Cinto, el gran catalán. Y desde aquí, señora, mis versos a ti van, olorosos a sal marina y a ahazares al suave aliento de las islas Baleares.

Hay un mar tan azul como el partenopeo, y el azul cenital, vasto como un deseo, su techo cristalino bruñe con sol de oro. Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro. Barcas de pescadores sobre la mar tranquila descubro desde la terraza de mi "villa", que se alza entre las flores de su jardín fragante, con un monte detrás y con la mar delante. Veo el vuelo gracioso de las velas de Iona, y los barcos que vienen de Argel y Barcelona. Tengo arbolitos verdes llenos de mandarinas; tengo varios conejos y unas cuantas gallinas, y, conforme el poeta, tengo un cristo y un mauser. Así vive este hermano triste de Gaspard Hauser.

A veces me dirijo al mercado, que está en la Plaza Mayor. (¡Qué Copée, no es verdad?) Me rozo con un núcleo crespado de muchedumbre, que viene por la carne, la fruta y la legumbre. Las mallorquinas llevan una modesta falda, pañuelo en la cabeza y la trenza a la espalda. (Esto, las que yo he visto al pasar, por supuesto; y las que no lo lleven, no se enojen por esto.) He visto unas payesas con sus negros corpiños, con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños, y un velo que les cae por la espalda y el cuello, dejando al aire libre lo oscuro del cabello; sobre la falda clara, un delantal vistoso. Y saludan con un "¡Bon di tengui!" gracioso, entre los cestos de patatas y de coles, pimientos de corales, tomates de arrebóles, sonrosadas cebollas, melones y sandías que hablan de las Arabias y las Andalucías; calabazas y nabos para ofrecer asuntos a madame Noailles y Francis Jammes juntos. A veces me detengo en la Plaza de Abastos, como si respirase soplos de alientos vastos, como si se me entrase con el respiro el mundo. Estoy ante la casa en que nació Raimundo Lulio. Y en ese instante mi recuerdo me cuenta las cosas que le dijo la Rosa a la Pimienta.

¡Oh, cómo se cantara el sublime destierro y la lucha y la gloria del Mallorquín de hierro! ¡Oh, cómo cantaría, en un carmen sonoro, la vida, el alma, el numen del Mallorquín de oro! De los hondos espíritus, es de mis preferidos. Sus robles filosóficos están llenos de nidos de ruiseñor. Es otro y es hermano del Dante. ¡Cuántas veces pensara su verbo de diamante delante la Sorbona vieja del París sabio! ¡Cuántas veces he visto su infolio y su astrolabio en una bruma vaga de ensueño, y cuántas veces le oí hablar a los árabes cual Antonio a los peces, en un imaginar de pretéritas cosas que por ser tan antiguas se sienten tan hermosas! Excúsame, si quieres, oh Juana de Lugones, estas filosofías llenas de digresiones; mas mi pasión por Ramón Lull es pasión vieja, perfumada de siglos de verso y de conseja. Nuñez de Arce hizo un bello poema. Nuñez de Arce, blancos pétalos sueltos del azahar esparce; mas Ramón Lull es el limonero de Hesperia injerto en el gran roble del corazón de Iberia, que necesita el Hércules fuerte que le sacuda para sembrar de estrellas nuestra tierra desnuda.

1907-1921. En la primera fecha, aquella *Epístola*—escribe Díez Canedo—fué piedra de escándalo en los menudos corrillos madrileños. No fueron muchos los que entonces vieron la magistral ironía de la forma, la constante vena del riquísimo caudal de poesía que iba fluyendo de parte a parte en aquellos versos de Rubén. La gloria de Rubén está ya consagrada. Y ahora los secos, los incomprendivos, no ríen ni gruñen: tienen, al menos, el pudor de callar. En torno a la obra que dejara el Elegido, se ha hecho más ancho el círculo del sentimiento y de la comprensión; y, nosotros, con un fervor igual al de los años idos, cuando por vez primera recogíamos las flores de su genio, queremos aromar la memoria del poeta con esta rosa de su propio rosal.

Hice una pausa.

El tiempo se ha puesto malo. El mar, a la furia del viento, no cesa de bramar. El temporal no deja que entren vapores, y un yacht de lujo busca refugio en Porto-Pi. Porto-Pi es una rada cercana y pintoresca; vista linda: aguas bellas, luz dulce y tierra fresca.

¡Ah, señora! ¡Si fuese posible a algunos el dejar su Babilonia, su Tiro, su Babel, para poder venir a hacer su vida entera en esta luminosa y espléndida ribera!...

Hay no lejos de aquí un archiduque austriaco que las pomas de Ceres y las uvas de Baco cultivó en un retiro archiducal y egregio. Hospeda como un monje, y el hospedaje es regio. Sobre las rocas se alza la mansión señorial y la isla le brinda ambiente imperial. Es un pariente de Jean Orth. Es un atrida que aquí ha encontrado el noble secreto de su vida. Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto que aprovecha a la orilla del mar ese secreto.

La isla es florida y llena de encanto en todas partes. Hay un aire propicio para todas las artes. En Pollensa ha pintado Santiago Rusiñol cosas de flor de luz y de seda de sol.

Hay celda de retiro espiritual famosa. La literata Sand escribió en Valldemosa un libro. Ignoro si vino aquí con Musset y si la vampiresa sufrió o gozó. No sé. (*)

¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas costas, antes de que las prematuras canas de alma y cabeza hiciesen de mí la mescolanza formada de tristeza, de vida y de esperanza?

¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora! ¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora, al sentir como en un caracol en mi cráneo el divino y eterno rumor mediterráneo!

Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día después que le dejaron loco de melodía las sirenas rosadas que atrajeron su barca. Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca, es recordado por mis íntimos sentidos. Los aromas, las luces, los ecos, los ruidos, como en ondas atávicas me traen añoranzas que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.

Mas ¿dónde está aquel templo de mármol, y la gruta en que mordió aquel seno dulce como una fruta? ¿Dónde los hombres ágiles que las piedras redondas recogían para los cueros de sus hondas?

Calma. Calma. Esto es mucha poesía, señora. Ahora hay comerciantes muy prosaicos. Ahora mandan barcos prosaicos la dorada Valencia, Marsella, Barcelona y Génova. La ciencia comercial es hoy seca y lo acapara todo. Y así, yo, respirando mi salitre y mi iodo, brindados por las brisas de aqueste golfo inmenso, a un tiempo, como Kant y como el asno, pienso. Es lo mejor.

Y aquí mi epístola concluye. Hay un ansia de tiempo que de mi pluma fluye a veces, como hay veces de enorme economía. "Si hay—he dicho, señora—alma clara, es la mía."

Mírame transparentemente, con tu marido, y guárdame lo que tú puedas del olvido.

Rubén DARÍO

Anvers - Buenos Aires - París - Palma de Mallorca, MCMVI

(*) He leído ya el libro que hizo Aurora Dupin. Fué Chopin el amante aquí... ¡Pobre Chopin!

ESTAMPAS

TARDE FESTIVA

A ver. ¿Quieres estar quieto? ¡Mira que si voy a tí!... Y tú, Lola, ¿acabaras con esas dichosas tenacillas? ¡Ay, señor, qué hijos estos!

Al fin, mamá acaba por desarrugar el entrecejo, y la apacibilidad de su sonrisa—sonrisa buena—vuelve a subrayar la blancura deslumbrante y cegadora de los dientes. Se detiene frente a nosotros, nos mira, nos examina, nos contempla; a Lola le estira, de un vigoroso tirón, la falda, y a mí me aprieta la hebilla del zapato.

Y se dirige a papá, que, repantigado en una butaca y con los pies en alto, lee el *Diario de Neblinosa*.

—¿Eh, qué tal, Juan?—comenta—. ¿Son guapos?

Papá hace un gesto indefinible.

—¿Phs!

Crujen las almidonadas enaguas de mamá y resuena el taconeo de las botas de papá; taconeo fuerte, petulante, de afianzamiento. Lentos, prosopopéyicos, solemnes, bajamos la escalera, cruzamos el portal, salimos a la calle. Unos momentos en que papá se para a cucichear con la muchacha—por cierto, muy mona, con su peinado bajo y su delantal de peto—los aprovechamos Lola y yo para decir adiós a la abuelita, que, echada de bruces en la barandilla del balcón, agita en el aire sus manos, trémulas y sarmentosas.

—¡Que seais buenos, hijos!—nos amonestaba.

Al promedio de la calle—calle de Villalar—, papá entra en el estanco de Gonzalo a comprar el cigarro dominguero «Flor de la Isabel». En seguida, el humo azul y aromático del tabaco, que se desliza en el ámbito sereno de la tarde como una ofrenda sagrada, dilata nuestras narices—las respingoncilla de Lola, sobre todo—en una larga y voluptuosa aspiración. ¡Qué olor más rico, ¿verdad? Huele a casino, a vagón de primera, a noche de feria...; y más que nada, huele a tarde de toros, a corrida de abono.

Papá, que fuma con la sortija puesta y a veces hasta con un papel blanco—papá ha sido el Brummell del comercio neblinense—, habla con cierta y mal disimulada animación a mamá. Adivinamos, mejor que oímos, frases sueltas, monosílabos...

—Por mí...

—No... los niños.

Hemos atravesado la Plaza Mayor, demasiado ancha, demasiado destartada, demasiado triste; la plaza hecha para dormir al sol. Al desembocar la calle Real, Lola me da, furtiva, pero energicamente, un empujón, que a poco trata de suavizar con mohines pícaros y significativos.

—Mira—dice—quién está allí, en el mirador de D. Lesmes.

En el mirador de D. Lesmes, detrás de Manolita, su hija, está, una tontorría, Carmina Palomeque, mi desdenosa

tirana. Son tan negros sus cabellos, tan rojos y frescos sus labios...

—¡Uf, Luis, hijo! Qué se te sube el pavo, que se te sube...

La oportuna intervención de mamá libra a Lola de mis justas iras. Pero ya el malhumor se ha apoderado de mí. Las acacias del paseo—las ingenuas acacias de bola—se me antojan secas, raquíticas, macilentas; feos los faunos y antipáticas las ninfas de las fontanas; incómodas las sillas, resbaladizo el piso, molesto y cansino el rumor de las gentes. Además, éstas—en su mayoría endomingadas pretenciosamente: colorines en abundancia y cintajos profusos—me resultan, sin saber claramente por qué, desagradables, odiosas, estúpidas: ejemplares curiosos de un parque zoológico. Así, las mamás me causan una impresión de ahogo, de hinchamiento, de pesadez. Pues... ¿y los papás? Los papás, incluso el mío, que es un papá representativo—Tartufo injerto en M. Homais—, con sus camisolas acartonadas y sus corbatas hechas, con su chaleco marrón y su leontina charrá, creo estarlos viendo allá en las calles de Platerías y Portales de Especería, con la vara de medir en la diestra, o bajo la pantalla verde del escritorio...

Ni el barquillero, primeramente, ni la música después—toca la banda de Martín en el templete del «Cisne»—logran aminorar mis murrias y desvanecer mis tristezas. Los barquillos me saben... ¡qué raro! a cera, a tocino rancio, a todo menos a canela y azúcar; y la música y su pasodoble «Madrónuelo»—una de mis devociones filarmónicas, por otra parte—, suena en mis oídos a murga destemplada, estrepitosa, absurda.

Y... Pero esto no me atrevo a escribirlo, porque me tacharías de malo, de perverso, de monstruo; y yo, bien lo sabéis, soy sencillo, apocado, infantil: todos los meses me gano en el colegio el premio de compostura y moralidad. A pesar de ello... la vituperable, la torpe y grosera irreverencia se me enreda a la lengua, se me viene fatalmente a los labios, no puedo detenerla, es más fuerte que yo... Me rindo, pues. Y pregunto: ¿Se aburrirá papá junto a mamá? ¿Cómo? ¿Decís que no? ¿Estáis seguros? Entonces, ¿por qué siempre, en casa, se le abre la boca? ¿Por qué consulta el reloj a cada minuto? ¿Por qué mordisquea el puro? ¿Por qué rezonga palabras extrañas y confusas?

Cuando, a las seis, voltean las campanas de la catedral y se hacen más densas las zonas de sombra, me figuro volver a recobrar mi perdida alegría, aquella alegría que, al pisar las aceras, no sé si era vanidad por verme tan guapo, con mi calzón largo y mi gorrita de marinero «Isaac Perab», o por gozar de la algazara y despreocupación del arroyo:

contento, optimismo, encanto de la tarde festiva toda llena de sonoridades y luz...

Mas pronto, con el muriente eco de las campanas se me disipan los vapores de la borrachera jovial. Y ahora, más que nunca, camino de casa, todas mis ansias quiméricas y sin nombre, de niño grave y reconcentrado, se plasman, se hacen carne y nervio en estas frases que restallo sobre Neblinosa, sobre papá, sobre la tierra entera, como un rojo banderín de rebeldía...

—¡Quiero ser hombre! Quiero tener veinte años, unos bigotes así—negros y encrispados, como los de un domador de

fieras que vi en la última feria en una barraca del paseo de los Mártires—, una voz recia, unos puños duros... ¡Quiero ser hombre, hombre, hombre! Hombre, para no ir a paseo con papá, con mamá y con mi hermana. Hombre, para ser libre, y fumar, y tener novia...

La voz ágría y vibrante de papá me retrotrae a la prosaica realidad, al doblar la esquina de la calle.

—Este chico—grita—es imbécil.

Pero mamá protesta:

—¿Imbécil? No, Juan, no; un chiquillo nada más. Y un chiquillo muy formal y obediente para la edad que tiene.

Teodoro MUÑOZ GREGO

“LA SIN VENTURA”

(Vida de una pecadora irredenta.)

Novela de pasión y de dolor, nuevo gran éxito del “Caballero Audaz”.

Yagües. Caballero de Gracia, 28.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que “en ningún caso” nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

: BOVEDA (LUGO) :

GRÁFICO HISPANO
FOTOGRAFADO
ARTE GALILEO 34 TELÉFONO U. 859



BEHNING

— EL INCOMPARABLE —

es el autopiano de gran lujo y sonoridad insuperable, que reúne ventajas desconocidas hasta el día en estos aparatos: acentuación automática y manual por medio de botones; matizadores de palanca; centrador automático mecánico para todos los anchos de papel; mecanismo transpositor para varios tonos; botón silenciador; escamoteo automático de los pedales.

BEHNING es el autopiano de calidad es

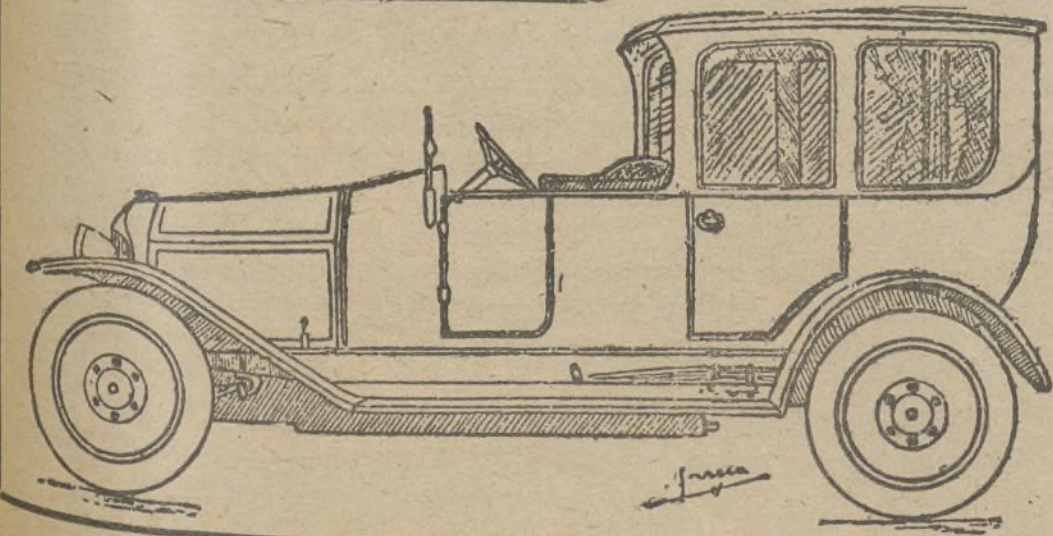
EL INCOMPARABLE

Delegado general en España: JORGE SALAS MERLE

Belén, 3. MADRID

Fontanella, 10. BARCELONA

DEPOSITARIOS: Musical C. M. T., Peligros, 7. Madrid. — Mar y Compañía, Gran Vía, 12. Bilbao. — Rosendo Albiñana, Hernán Cortés, 15. Valencia.



Antes de adquirir un coche le interesa a usted conocer las inmejorables cualidades de los

AUTOMÓVILES D. F. P.

LAINÉZ-GARCÍA Y COMPAÑÍA

— LUCHANA, 12 —

ARTRITICOS **REUMATICOS**



RENOSEPTINA
ELIMINADOR ENERGICO DEL ACIDO URICO

ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS

J. SEGURA
FOTÓGRAFO

Teléfono M. 4.152. 4, Puerta del Sol, 4.

A. E. G. Ibérica de Electricidad. S. A.

Dirección - Madrid: Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Sucursales: Madrid. — Barcelona.
Bilbao. — Gijón. — Sevilla. — Valencia.
Zaragoza.

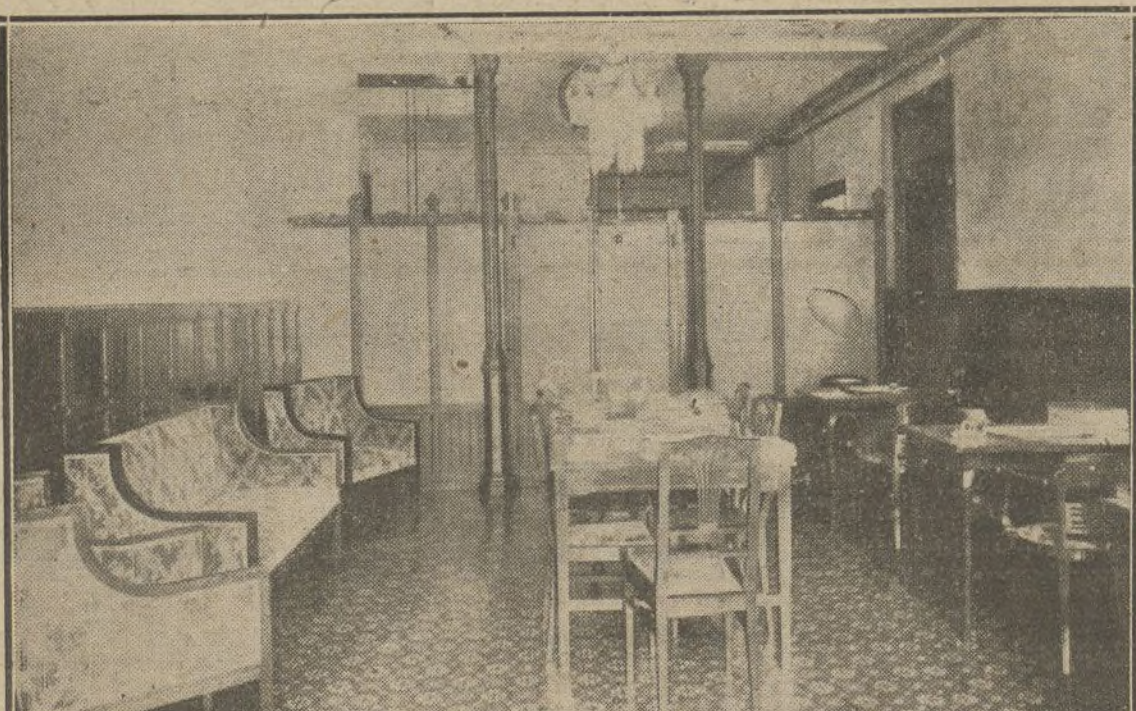


Grandes existencias recibidas recientemente de Alemania en

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica.

SUMINISTRO INMEDIATO

Escritorio del Hotel de París.

¡¡EUREKA!!

siempre será el mejor calzado

11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MAGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



Manuel López
FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 Ayala, 60

GRAN HOTEL PARÍS
OVIEDO
Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.
DIRECTOR PROPIETARIO:
D. Manuel del Valle Díaz.